

Autoritarismo
en muestras venezolanas

Gregorio Escalante

INTRODUCCIÓN

El síndrome “autoritarismo”

El estudio del autoritarismo como síndrome de la personalidad sin duda alguna recibió su más vigoroso impulso con la publicación de *La Personalidad Autoritaria*, a comienzos de los años 50. La voluminosa obra de Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson y Sanford (1969) está profundamente enraizada en algunos intentos iniciales para comprender al nazismo y fascismo de la Alemania de los años 20 y 30, entre los cuales se destacan los análisis conceptuales de Fromm (1941), Maslow (1943) y los trabajos anteriores de Stagner (1936). Tal como lo explica el propio Fromm, los cambios religiosos desencadenados por el calvinismo y el protestantismo creciente ocasionaron una cierta minusvalía en la influencia de la actividad moral tradicional y ello ofreció oportunidad para que la libertad individual se ampliara.

Al mismo tiempo, estos sistemas religiosos se convirtieron en el fundamento sobre el cual se acumuló el sentimiento de impotencia que se hacía sentir como consecuencia de los profundos cambios que se registraban en el sistema económico, que ya evolucionaba hacia formas capitalistas. Conforme a las ideas de Fromm el capitalismo se convirtió en el potencial básico para que el hombre se sintiera independiente y fuerte. Pero, casi paralelamente, al liberar al hombre, dio pie a la producción de sentimientos de aislamiento y miedo. Fromm asumía que este tipo de análisis histórico era necesario para comprender el carácter social moderno pero destacaba que, una vez desarrollado, este carácter social ejerció por sí mismo una influencia autónoma significativa. La nueva estructura del carácter social va a convertirse luego en un factor importante en el diseño del desarrollo económico y social posterior. Años más tarde, sus consecuencias sobre la personalidad de los hombres de la Europa occidental (y muy especialmente entre la clase media baja alemana) fue una estructura de carácter autoritaria, tipificable por una idealización de la autoridad y un temor evasivo a someterse a ella debido a que se la considera como una forma de explotación organizada ‘desde arriba’. Con el término “carácter autoritario -dice Fromm- estamos designando la estructura de la personalidad que es la base humana del fascismo”.

El síndrome “autoritarismo” tal como lo entienden los investigadores de Berkeley supone -en primer lugar- que en el individuo la representación social externa va acompañada de una fuerte represión de impulsos y -en segundo lugar- que para alcanzar una adecuada internalización de los sistemas de control social, la actitud que el individuo asume hacia la autoridad y hacia su agencia psicológica -el súper ego- contiene aspectos simultáneamente irracionales y contradictorios. De esta manera el individuo logra su propio ajuste social solamente si halla placer en la subordinación y la obediencia. Y ello hace que surja una estructura de impulsos sadomasoquistas que es, al mismo tiempo, condición básica y resultado del ajuste social.

Tales modalidades conductuales resultan gratificadas en nuestro esquema social y cuando los mismos se convierten en “rasgos” de la personalidad entonces nos hallamos ante una resolución específica del Complejo de Edipo, que es justamente lo que define la formación del síndrome señalado. El amor por la madre surge, en su forma primaria, como un severo tabú. Y el aborrecimiento resultante hacia el padre es entonces reactivamente transformado en amor y ello conduce a una clase especial de súper ego. Esta transformación, que es la tarea más difícil que puede realizar un individuo en sus etapas de desarrollo temprano, nunca resulta completamente exitosa, de modo que una parte de la agresividad precedente es absorbida y convertida en

masoquismo, mientras que otra parte es expresada por el individuo en forma de tendencias sadistas que después son ‘colocadas’ en quienes de algún modo no se identifican con él: los grupos “ajenos” (o los que **no son como nosotros**).

Es así como los judíos frecuentemente devienen sustitutos del padre aborrecido, y asumen en la fantasía del sujeto autoritario las mismas cualidades del progenitor: prácticos, fríos, dominantes e, incluso, rivales sexuales. La ambivalencia que resulta simultáneamente se expresa en una *creencia ciega* en la autoridad y en un estar listo para atacar a quienes se consideran débiles o socialmente aceptables como “víctimas”. Cuando la condenación asume características extremas y encubre una degradación de quienes pensamos ‘diferentes’, además de servir para justificar la opresión, también revela un profundo resentimiento oriundo de sobre generalizaciones que en realidad funcionan como la base del prejuicio.

El prejuicio parece ser una entre las numerosas manifestaciones de la agresión. Pero conviene distinguir entre la agresión dirigida a fuentes de frustración específicas y agresión que es más bien canalizada hacia quienes consideramos socialmente débiles. En los individuos con puntuaciones altas en la escala F parece residir cierta incapacidad para verbalizar la agresión y ello, en cierto modo, facilita su desplazamiento en formas socialmente destructivas. Los sujetos con bajas puntuaciones, en lugar de proyectarla, admiten y expresan la agresión hacia la fuente (en realidad la concientizan) y de ese modo la hacen menos intensa que la agresión reprimida. Y cuando ocurre el rechazo hacia el individuo o el grupo, generalmente ocurre también un intento de explicación de ese rechazo sobre la base de violación de valores o principios fundamentales y no a partir de la simple noción de inferioridad admitida.

Esta característica proyección de los propios impulsos agresivos sobre los demás suele conducir al individuo F⁺ a construir concepciones del mundo que son oscuras, hostiles y peligrosas. Y la consecuencia puede ser manifestaciones de sospecha y desconfianza acerca del resto de la gente. La significación de ‘*el resto*’ se traduce diciendo que la orientación interpersonal básica en este tipo de individuos es hacia la búsqueda del poder mediante la asociación con personas poderosas e influyentes o, al menos, tratando de participar del poder que ellos detentan. Lo que realmente sugiere esta actitud es admiración por el fuerte y desprecio por el débil.

En razón de lo anterior la estereotipia en el individuo así concebido no es solo un medio de identificación social sino una función económica valiosa, puesto que ayuda a canalizar la energía libidinosa conforme a las exigencias de un súper ego exageradamente estricto. De esta manera el individuo autoritario se nos aparece como altamente conformista y rígido, que experimenta placer obedeciendo y siendo obedecido; sus creencias religiosas son compulsivas y altamente punitivas en las cuales Dios es un padre fuerte y benéfico; admira la fuerza bruta y se identifica fácilmente con lo “todopoderoso” al mismo tiempo que rechaza la debilidad; su conducta suele acompañarse de invectivas y vituperios “moralistas” y deseos de “castigos bien merecidos”, que son indicadores de una fuerte represión de impulsos; sus aspiraciones en lo relativo a la movilidad social ascendente suelen ser expresadas en términos de una abierta identificación con quienes se sitúan más alto en la jerarquía de autoridad (Adorno et al, 1969, cap. XIX).

Conviene destacar que desde el mismo inicio de su trabajo el grupo de investigadores de Berkeley estuvo interesado primariamente en el antisemitismo. Desde allí la investigación se

amplió para lidiar con el etnocentrismo, lo cual dio lugar al enfrentamiento del tema de la ideología política y económica. Fue naciendo de todo lo anterior que la noción de ‘autoritarismo’ surgió con una subestructura de la personalidad muy ligada al prejuicio y a la ideología conservadora. En el comienzo, autoritarismo fue una noción denominada “tendencias de la personalidad implícitamente antidemocrática” y “personalidad prefascista” (London y Exner, 1978).

Una vez que el síndrome fuera formulado, paralelamente al desarrollo del concepto apareció la escala f (f por fascismo) instrumento construido con la intención de lograr una medida del prejuicio “sin que tal finalidad fuera evidente y sin mencionar el nombre de ningún grupo minoritario” (Adorno et al, 1969, p.222). De este modo la escala podría ser usada sin que el sujeto opusiera resistencia para ofrecer respuestas a los ítems que la forman y sin que el instrumento fuera objeto de hostilidad alguna. Es evidente que el desarrollo de la escala como medida de varios elementos de la personalidad, representantes de una fuerza motivacional que está detrás del prejuicio, es uno de los aspectos más relevantes de la investigación de Adorno y colaboradores. La orientación teórica básica descansa ampliamente sobre las formulaciones freudianas de la estructura de la personalidad, de tal modo que la conducta individual es vista como una consecuencia de fuerzas profundamente arraigadas en la personalidad de cada sujeto, las cuales dan origen a diferentes grados de prejuicio subyacente. Y son estas tendencias las que determinan las respuestas en situaciones diferentes y echan las bases de la consistencia conductual, verbal o física.

Fundamentalmente, las fuerzas de la personalidad son necesidades, deseos, impulsos emocionales y motivos cuya calidad, intensidad, modo de gratificación y objeto de referencia varían de individuo a individuo, y que interactúan con otras necesidades de forma armoniosa o conflictiva. Hay, así, necesidades emocionales primarias, necesidades que tienden a mantener la armonía e integración del yo, necesidades que tienden a evitar el castigo y necesidades que se orientan al logro de buenas ‘disposiciones’ de tipo social.

La idea mantenida por los realizadores originales de la escala f es la de que las opiniones, actitudes y valores son cuestiones dependientes de las necesidades humanas y puesto que en última instancia la personalidad es esencialmente una organización de necesidades, entonces debe ser vista como “determinante de las preferencias ideológicas” (Adorno et al, 1969, p.5), aunque no el determinante exclusivo. Es obvio que las mayores influencias ejercidas sobre la personalidad son de tipo ambiental, razón por la cual aparece claramente como una agencia mediadora entre ideología e influencias sociales, profundamente influida en su desarrollo por factores económicos, étnicos, religiosos y morales, cada uno de los cuales comienza a hacer sentir su influencia interminable a partir de la estructuración inicial de los estilos de crianza familiar.

Y siendo así, la descripción de la “ideología total” de un individuo (que es “receptividad ideológica” e “ideología en acción”) debe ser hecha sobre la base de considerar toda una serie de aspectos relevantes que suelen fundirse en una sola estructura de personalidad: lo que el individuo consistentemente dice en público; lo que dice cuando se cree libre de criticismo; lo que piensa y nunca dice; lo que dice sin lograr admitirlo; y lo que está dispuesto a pensar o a hacer cuando sobre él coinciden distintas solicitudes externas. De este modo, la determinación de la ideología (y por ende la susceptibilidad a la aceptación de propaganda en pro o en contra de esa ideología), es una cuestión que va a depender tanto de factores situacionales como de factores de personalidad. Y la mejor y más segura predicción del contenido ideológico del individuo y del tipo de conductas que

de allí va a derivarse, dependerán de un cuidadoso examen de la contribución real de ambos factores

Ya se dejó bien claro que los investigadores de Berkeley explicaron el síndrome autoritarismo esencialmente en términos psicoanalíticos, proponiendo razones teóricas básicas como el juego mutuo entre profundas necesidades instintivas y controles culturales fuertes, el desarrollo de mecanismos de defensa como soluciones de ajuste compensadores ante la problemática represión de impulsos, y un desajuste ideológico consecuencial por efectos de fallas en el desarrollo del ego y en la integración del súper ego. Los datos ofrecidos por Sanford (capítulo XX) en *La Personalidad Autoritaria* sobre el estudio e interpretación de las historias personales de Mack (el sujeto autoritario) y Larry (el sujeto democrático) son una excelente faceta del estudio, a partir de la cual se dilucidan muchas de las urgentes dudas y contradicciones que toda la obra en realidad desencadena.

Lo fundamental de las críticas

El trabajo de Adorno y el resto de los investigadores de Berkeley es tan denso y de contenido tan rico que es imposible pensar que pasaría desapercibido. Y justamente desde su aparición ha sido sometido a una serie prácticamente interminable de críticas durante más de un cuarto siglo, a partir de su publicación por el Comité Judío Americano, en 1950.

Fundamentalmente las críticas contra este trabajo de seis años, realizado por el ex jefe del Departamento de Filosofía de la Universidad de Frankfurt (Adorno), el psicólogo investigador de la Universidad de California (Frenkel-Brunswik), el profesor de Psicología en la Facultad de Medicina en la Universidad de Yale (Levinson) y el profesor de Psicología de la Universidad de Stanford (Sanford), pueden fácilmente reducirse a dos: críticas a la teoría y críticas al método empleado. En la sección que sigue vamos a tratar de simplificar al máximo los aspectos relevantes de ambas críticas.

En relación a la primera serie de críticas -las asociadas con la teoría- una de las más importantes (probablemente la “peor”) es la que se refiere a la conceptualización del individuo autoritario como un tipo de personalidad conservadora, de derecha esencialmente. Los críticos básicamente sostienen que el estilo de pensamiento asignado al sujeto autoritario (que es rígido, cerrado, dogmático, impermeable, carente de normas verdaderamente internalizadas como guías conductuales, acostumbrado a reverenciar la autoridad, etc.) no es sólo característico de la llamada “personalidad prefascista”, sino que caracteriza a la gente de cualquier posición política e ideológica, desde el reaccionario de extrema derecha hasta el ultraradical de izquierda. Y es justamente Rokeach (1960) quien con sus estudios de autoritarismo (él prefiere llamarlo dogmatismo) nos recuerda que “el autoritarismo también existe en la escena de la izquierda política”, solo que por ahora no disponemos de técnicas adecuadas para medirlo.

Los mismos acontecimientos políticos recientes de la escena latinoamericana, en la cual algunos regímenes de ascendencia militarista (tradicionalmente de derecha) han instituido sistemas sociopolíticos presumiblemente progresistas y “de izquierda”, nos hace pensar que no necesariamente tales regímenes sean menos autoritarios que los tradicionales. Al respecto hay una referencia que resulta esencialmente apropiada e interesante: Roger Brown (1965) sugiere que a medida que las naciones occidentales fueron alejándose de la amenaza del fascismo también

asumieron posiciones de **alerta** ante la otra amenaza del comunismo, y ello despertó un tremendo interés en el estudio del autoritarismo de izquierda. No tenemos duda de que el dogmatismo ‘*á la Rokeach*’ como autoritarismo general, es un concepto distante del síndrome medido por la escala f. Un comunista puede ser dogmático pero eso no lo hace ver fácilmente como prefascista. Pero el fascismo puede permear fácilmente su comprensión de las distintas modalidades de acción y cambio social, debido a que las mismas, al ser formuladas ‘desde arriba’ carecen de apoyo colectivo, y suelen ser impuestas por la fuerza. A estas alturas se hace indispensable acudir entonces a alguna aclaración y creemos hallarla directamente en el trabajo de Adorno y asociados: el individuo autoritario es visto como “implícitamente antidemocrático”, concepto que es mucho más amplio que el de “prefascista”. Y es justamente bajo este punto de vista que creemos legítimo que a partir de la variedad de Berkeley podemos encontrar el autoritarismo referido a contextos socio-políticos tanto de izquierda como de derecha.

Ciertamente pensamos que el autoritarismo “*á la Berkeley*” no necesariamente debe quedar referido exclusivamente al extremismo de derecha, sino que puede también referirse a cualquiera otra clase de extremismo. Y esta aseveración debe resultar especialmente útil habida cuenta de las distintas versiones de regímenes autoritarios que últimamente han sido diseñados en algunos países de América latina. Tal vez el error estriba en creer que la obra monumental del grupo de California es un estudio del carácter alemán bajo la égida nazi. Ni Adorno ni ninguno de sus colegas hicieron tal cosa. Quienes sí lo hicieron fueron Stagner, Maslow y Fromm. Adorno y sus colaboradores estudiaron fundamentalmente americanos de California (en San Francisco y Oakland) y de Oregon (en Eugene). Y la idea que hallamos sobre el fascismo en *La Personalidad Autoritaria* es la de que “representa la estructura ideológica, económica y política **más** extrema de la derecha” (no quiere decir que sea la **única**) y “la forma de etnocentrismo mas virulenta y antidemocrática” (no elimina la posibilidad de que existan **otras** formas que lo sean menos) (Adorno, et al, 1969, p. 151).

Aún más: el interés del estudio de Berkeley (hecho en territorio norteamericano) no podía ser ni la ideología fascista ni la comunista (dos sistemas que obviamente no han sido demasiado activos en la escena política estadounidense), sino las ideologías de izquierda y de derecha prevalentes en esa sociedad: el liberalismo y el conservatismo, manteniendo -claro está- “un ojo puesto en su polarización potencial” hacia los extremos respectivos. Y algo más: la definición de **personalidad autoritaria** que el grupo de Berkeley nos ofrece está operacionalmente organizada en formas de “rasgos”, cada uno de los cuales puede ser medido por la escala f. Esos rasgos -que más adelante explicaremos uno a uno- son: adherencia estricta a valores y normas convencionales; activísimo estado de alerta ante las transgresiones de tales valores; sometimiento a la autoridad; creencia en determinantes místicos del destino individual; preocupación por el poder y la fuerza; oposición decidida a toda imaginativa expresión de sentimientos y una completa falta de habilidad para lidiar cognitivamente con asuntos sexuales, especialmente desviaciones. En el discurso de algunos líderes latinoamericanos actuales pueden hallarse ciertamente varios de esos ‘rasgos’.

Si alguien sostiene que tales ‘cualidades’ son solamente asignables a la personalidad pre fascista y arguye que el autoritarismo “*á la Berkeley*” es un autoritarismo “de derecha”, está en un grave error, como también lo estaría quien sostuviera que los señalados rasgos son solamente asignables a sujetos de la extrema izquierda, y argumentara, en consecuencia, que se trata de un autoritarismo “de izquierda”. Quienes mantienen viva la crítica contra la teoría de la Personalidad Autoritaria en el sentido de que es un asunto de *una sola ideología*, están partiendo de una cierta

correlación entre puntajes en la escala f y ‘disposición’ hacia el extremismo de la derecha. Pero se olvidan de que la escala f no es una medida de tales inclinaciones, y se olvidan también de que la definición de autoritarismo específicamente tampoco las incluye.

La segunda gran crítica en relación con el concepto se refiere a la posibilidad de que las nueve variables que conforman la escala f sean factor-analíticamente separables. Sobre este punto hay quienes no han hallado evidencias a favor (Kerlinger y Rokeach, 1966) y quienes tampoco ha hallado evidencias en contra (Krug, 1961). Tales razones sobre la verdadera separación de los nueve factores están muy bien fundadas, pero no nos parece una reserva demasiado seria dada las confiabilidades altas que se obtienen con la escala total y las relaciones muy satisfactorias que se hallan entre puntajes totales y otros subconjuntos de ítems. Además, la idea es utilizar la escala *íntegramente* y no separándola en variables para mediciones individualizadas de cualquiera de los nueve factores que ella incluye, justamente debido a que la concepción teórica original del instrumento lo presenta como un conjunto flexible y coherente de variables no independientes.

Por lo demás, para que un instrumento de este tipo sea interpretable “no es esencial que todos los ítems sean factorialmente similares. Lo que realmente se requiere es que una buena proporción de la varianza pueda ser atribuible al factor principal que lo compone” (Crombach, 1951). Y ciertamente la escala f llena ese requisito satisfactoriamente.

En relación a la serie de críticas asociadas con el método (y aparte de las formuladas sobre la forma de estructurar y calificar las entrevistas), una de las más resonantes se refiere al fraseo de los ítems de la escala, todos los cuales están orientados en la dirección autoritaria, de tal manera que altas puntuaciones en el instrumento son indicadores de la presencia del síndrome medido. La queja se orienta en el sentido de que la escala así construida no solamente mide autoritarismo en sí, sino también esa particular disposición de la personalidad que consiste en la tendencia a “estar de acuerdo” o a “asentir” (“acquiescence set”). Y se argumenta que en la construcción de la escala debieron incluirse algunos ítems en la dirección “democrática”, con los cuales el sujeto autoritario hubiera tenido que estar en “desacuerdo”. De hecho, en la versión original de la escala f se incluyen algunos ítems de este tipo, pero se los descartó debido a que ninguno sobrevivió los análisis estadísticos previos. Y ello indica que el trabajo de los investigadores no se limitó a la construcción de una escala sin antes someter a prueba diferentes versiones iniciales. Y prueba, también, que desde el comienzo, el problema de la disposición “a asentir” fue tomado seriamente en cuenta. Si se estudia detenidamente el capítulo VII de *La Personalidad Autoritaria*, se encuentra que hubo una primera versión de 38 ítems (Forma 78), que después de sucesivas revisiones se redujo a 34 (Forma 60), integrada por los mejores 19 ítems de la 78 más 15 nuevas formulaciones. Finalmente se llegó a una tercera versión de 30 ítems (Forma 45-40). A través de las tres versiones se pasó sucesivamente desde una confiabilidad promedio de 0.74 a una de 0.87 para llegar finalmente a una de 0.90 con la forma definitiva final (Adorno et al, 1969, pp. 243-258).

No obstante todo lo anterior, la escala f sigue siendo acosada por la misma queja: el problema de la “aquiescencia” sigue siendo igual de forma a forma. Sabemos que para evitar tal problema pueden escogerse dos soluciones distintas: a) escribir ítems nuevos en forma de declaraciones no autoritarias o invertir algunos de los ítems originales, de tal modo que se pueda lograr una escala balanceada, y b) identificar esa porción de las respuestas debida a la “aquiescencia” y removerla de la puntuación total por medios estadísticos. Las dos posibilidades ya fueron intentadas (Kirscht y

Dillehay, 1967) y los resultados han sido francamente desesperanzadores. La inversión de ítems, por ejemplo (cosa nada fácil cuando se trata de la escala f) solamente ha revelado que se obtienen confiabilidades más bajas que con los ítems originales, y también ha revelado que no es nada raro que los sujetos demuestren una tendencia muy clara a estar “de acuerdo” también con los ítems invertidos (Samelson y Yates, 1967). Y esto ya es asunto que no puede ser explicado solamente a base del consabido argumento del ‘*acquiescence set*’.

Cuando se usa el segundo tipo de solución se plantea la necesidad de disponer de una medida de “aquiescencia” realmente confiable y hasta ahora ninguna parece funcionar de modo adecuado (véase, por ejemplo, Couch y Keniston, 1960). Y lo que la investigación dice en relación con este asunto es sumamente variado. Conforme a Peabody (1966) las respuestas a la escala f son una mera cuestión de asentimiento; Rorer (1965) argumentando sobre bases puramente técnicas, concluye que tal afirmación carece de sentido; Rokeach (1963, 1967), Dillehay (1969) y Stanley y Martin (1964) afirman que lo que parece ser “aquiescencia” no es otra cosa que un aspecto más del autoritarismo, y ello es asunto que debiera contentarnos. Conclusiones similares se hallan en Gage y Chattergee (1960), Gage, Leavitt y Stone (1957) y Leavitt, Hax y Roche (1955).

Medidas de autoritarismo

Tal vez debido al carácter controversial del instrumento ideado por Adorno y sus colegas, su escala f no es la única medida de autoritarismo conocida (aunque sí la que más se usa a nivel mundial). A partir de los trabajos iniciales del grupo de Berkeley, sobretudo por el desusado interés psicológico, sociológico, político e ideológico que el síndrome autoritarismo ha despertado, se han venido produciendo muchas otras medidas diseñadas básicamente con el mismo propósito.

Además de las dos escalas desarrolladas antes de los trabajos de Berkeley y cuyo interés actual es puramente histórico (la Fascist Attitudes Scale de Stagner, 1936 y la Unlabeled Fascist Attitudes de Edwards, 1941) hay otras que son simplemente variantes de la escala f original: A new F scale (Webster, et al, 1955); Forced choice F scale (Berkowitz y Wolkon, 1964); Forced choice F scale (Schuman y Harding, 1962); Balanced F scale (Athanasiou, 1968); Shortened F for Political Surveys (Janowitz y Marvick, 1953); Four item F scale (Lane, 1955); Ten item F scale (Survey Personality Center, University of Michigan, 1952); Pensacola Z scale (Jones, 1957).

Otro grupo de escalas desarrolladas conforme a la teoría de los investigadores de Berkeley y, por supuesto, relacionadas con autoritarismo, son: Anti-semitism scale (Levinson y Stanford, 1944); Traditional family ideology (Levinson y Huffman, 1955); Status concern scale (Kaufman, 1957); Rigidity scale (Rehfishch, 1958); RAPH scale (Meresko, et al, 1954); Rigidity Scale (Wesley, 1953); Intolerance of ambiguity (Budner, 1962); Intolerance of Ambiguity (Martin y Westie, 1959); Desire for certainty test (Brimm, 1955); Ethnocentric Democracy scale (Hyman et al, 1962); Dogmatism scale (Rokeach, 1956); Short Dogmatism scale (Schulze, 1962); Short Dogmatism scale (Troidahl y Powell, 1965); Opinionation scale (Rokeach, 1965); Intellectual Conviction scale (Rokeach y Eglash, 1956)*.

*La mayoría de las versiones finales de casi todas las escalas señaladas pueden hallarse en Robinson, Rusk y Head, *Measures of Political Attitudes*, I.S.R. Ann Harbor (Michigan): The University of Michigan, 1968, y en Robinson y Shaver, *Measures of Social Psychological Attitudes*, I.S.R., Ann Harbor (Michigan): University of Michigan, 1973.

MÉTODO

La medida de autoritarismo original

La escala f de California ha permanecido como la más controversial medida de autoritarismo general desde su concepción en 1950. Durante algo más de un cuarto de siglo ha sido sometida a diferentes tipos de interpretaciones y análisis, todos ellos orientados a determinar lo que realmente mide. Se ha dicho que ella es una medida de “perspectiva sociopolítica”, “rigidez mental”, “aquiescencia”, “inflexibilidad cognitiva”, “intolerancia de la ambigüedad”, “autoritarismo de derecha”, etc. (Wrightsmán, 1972; Byrne, 1974; Moore y Krupat, 1971).

En la concepción original del síndrome autoritarismo los investigadores de Berkeley establecen nueve factores -o variables- (Adorno et al, 1969:228), cada uno de los cuales será brevemente examinado en este aparte. Tales factores, si bien es cierto que aisladamente no cubren todas las características de la personalidad autoritaria, son en realidad una muestra muy aceptable de los más prominentes rasgos expresivos de la misma. Varios de los ítems de la escala pertenecen a más de un factor y ello se explica diciendo que la intención original era cubrir al máximo las diferentes facetas del síndrome, por lo cual se hizo necesario formular ítems que abarcaran en la mayor medida posible sus distintas manifestaciones, siguiendo el esquema teórico inicial. En la explicación que sigue incluimos entre paréntesis los números de los ítems que en nuestra versión pertenecen a cada variable. Algunos ítems del instrumento aparecen al final de la monografía.

1. Convencionalismo (4, 5, 13 y 25)

Esta variable representa adherencia estricta a los valores convencionales de la clase media, y la disposición a sentirse ansioso ante la posibilidad de violación de esos valores. El factor no solo queda referido a la tendencia del sujeto al conformismo con esos valores, sino que incluye extrema y rígida adhesión a los mismos. Convencionalismo extremo supone una fuerte inclinación a castigar a quienes se reconozcan como violadores de tales valores, e indica que el individuo se ofende fácilmente ante todo lo que pueda considerarse conducta moralmente ‘relajada’ de individuos, grupos o minorías no asimiladas. El individuo convencionalista suele seguir consistentemente los dictados de agencias y presiones sociales externas, justamente debido a su manifiesta adherencia a patrones representantes de los poderes colectivos con los cuales está actualmente identificado. Y ello, indudablemente, supone una cierta receptividad antidemocrática muy fuerte.

2. Sumisión Autoritaria (2, 8, 13, 18, 22, 23 y 24)

Es la disposición del individuo a someterse a la autoridad. Supone subordinación del individuo al Estado y deseos de someterse a un liderazgo fuerte. No se trata de un balanceado y realista respeto por la autoridad nominal sino más bien de una exagerada necesidad de someterse ante una gran variedad de figuras que representan la autoridad (padres, maestros, líderes, ancianos, poderes sobrenaturales, etc.). Junto al convencionalismo, la sumisión autoritaria nos señala al individuo orientado hacia agencias de control y de presión externas, en lugar de hacia el control personal. Este factor contribuye en gran medida a la generación del potencial antidemocrático haciendo al individuo particularmente receptivo a ser conducido y/o manipulado por poderes o agencias de poder externo. La hipótesis que se usa en la explicación del factor es la de que el mismo es una manera común de manejar los sentimientos ambivalentes que el individuo tiene hacia figuras autoritarias que, en consecuencia, lo llevan a exagerar sus sentimientos de obediencia, gratitud y respeto.

3. Agresión Autoritaria (1, 4, 5, 7, 10, 11, 16 y 19)

Este factor está conceptualmente asociado al factor 2. Ambos parecen surgir de ciertos sentimientos de hostilidad contra el grupo propio inmediato, originalmente representado por los padres del individuo. El sujeto se esfuerza en la represión de esa hostilidad exagerando sus sentimientos de obediencia, respeto y gratitud hacia figuras autoritarias de su propio grupo, pero desplaza la hostilidad subyacente hacia otros

grupos ajenos. Aparentemente este desplazamiento de la hostilidad es más general que la observada en otras formas de prejuicio más simples, siendo así que una gran variedad de individuos, acciones o eventos pueden convertirse en objetos condenables. La conexión posible entre tal hostilidad y su fuente original tal vez sea el hecho de que las cosas o acciones por las cuales el sujeto condenaría a otras gentes, son aquellas por las cuales fue castigado él mismo. Lo que ocurre es que el individuo está identificado con la autoridad del grupo inmediato de su infancia y encuentra que su tendencia a castigar a otros es una válvula de escape segura y socialmente bien vista para su agresión.

Convencionalismo, sumisión autoritaria y agresión autoritaria son factores que tienen que ver con los aspectos **morales** de la vida, con patrones de conducta, con autoridades que defienden esos patrones y con quienes los violan -que merecen ser castigados. Y si esto es cierto, es entonces esperable que quienes puntúen alto en uno de ellos, puntuarán alto también en los demás.

4. **Antisubjetivismo** (4, 25, 27 y 28)*

Supone este factor una actitud general de rechazo hacia toda clase de sentimientos, especulaciones, fantasías y todo tipo de fenómenos subjetivos. El individuo que ha sido forzado a reprimir su hostilidad contra sus padres y contra otros depositarios de la fuerza y el poder, deviene entonces supremamente sumiso, lo cual obviamente causa un grave daño a su autoestima. En tales condiciones, el sujeto extremadamente antisubjetivista se atemoriza ante la posibilidad de pensar acerca de los eventos y fenómenos humanos porque teme producir pensamientos “equivocados”; y evita la expresión genuina de sus sentimientos porque cree que puede perder todo el control emocional.

Como el individuo evita sistemáticamente mantenerse en contacto con grandes áreas de su propia vida interior, siente temor ante la posibilidad de lo que pueda revelársele si, de pronto, alguien intentara indagar en sus intimidades. Llegar hasta una apertura global de su consciencia puede amenazar su esquema de ajuste integral. El individuo está entonces en contra de todo lo que es “orar”; luce despreocupado ante todo lo que la gente pueda sentir o creer; desinteresado en las emociones y los sentimientos ajenos. Ante todo él es un “duro” y suele mantenerse ocupado y dedicar su actividad fundamentalmente a las cuestiones “prácticas”, esquivando en lo posible el examen de sus propios conflictos personales. Esta actitud general lo conduce fácilmente a una devaluación de lo humano y una sobrevaloración de lo físico. Y en situaciones extremas el antisubjetivista ve a los seres humanos como si fueran objetos físicos fríamente manipulables. Y ocurre entonces que los objetos materiales, revestidos por él de una gran significación emocional, suelen ser tratados amorosamente.

5. **Superstición y estereotipia** (3, 8, 9, 12, 15, 24)

El primer elemento de la pareja representa la tendencia individual a asignar a fuerzas exteriores, incontrolables, la responsabilidad por el acaecer de las propias acciones, lo cual sugiere que en lugar de una autodeterminación de la conducta lo que hay es una gran mezcla de fuerzas inconscientes que se proyectan en el mundo exterior y se convierten para el individuo en determinantes mítico-fantásticos de su propio destino. El segundo miembro de la pareja es la tendencia a pensar en términos de categorías ultrasimplificadas y rígidas, carentes todas de ambigüedad. Los dos elementos resultan de la escasa asertividad del sujeto, quien sistemáticamente se aferra a explicaciones primitivas de los eventos humanos y mundanos. El individuo se resiste a aceptar explicaciones objetivas y realistas porque las mismas le resultan como muy cargadas de efectos y participación personal y son, por ello, potencialmente productoras de angustia. Cree que si las incluye en su esquema vital general, ello supondrá análisis detenido, acopio de ideas y observaciones, examen conciente de alternativas diferentes. Superstición también indica la tendencia a poner en manos de agentes externos y sin control posible, la responsabilidad personal. Indica una “rendición” del yo y supone renunciar a la idea de que el yo pueda determinar el destino individual al vencer a las fuerzas exteriores.

6. **Poder y rudeza** (1, 10, 12, 21, 22 y 26)

Cuando el individuo es forzado a someterse ante agencias de poder y control externos (las cuales no le resultan completamente gratas) el resultado es un aprensivo sentimiento de debilidad. Cuando tal sentimiento es admitido por el sujeto, su autoestima sufre de nuevo un descalabro y entonces ocurre que la mejor manera

*El término inglés que estamos traduciendo como “anti-subjetivismo” es “*anti-intracception*”

de salir del paso es negar ese sentimiento. De este modo la debilidad sentida es proyectada conforme a la comodísima fórmula de “*Yo no soy débil; el otro sí lo es*” y aparece en funciones el mecanismo de sobrecompensación, según el cual el individuo da la sensación de ser ‘rudo’ y ‘poderoso’. Esta acentuación de la dimensión “dominación-sometimiento” o “fuerza-debilidad” en el manejo de las relaciones con el otro contiene elementos francamente contradictorios: por un lado el individuo desea el poder, pero no se arriesga a tomarlo; tampoco quiere cederlo cuando lo posee. Por otra parte el individuo admira el poder de los otros y se somete a él pero, al mismo tiempo, rechaza la debilidad que ello implica. Una salida efectiva a este caso es ponerse al lado de figuras que ostentan el poder real, gratificando así la doble necesidad que el sujeto experimenta de tener poder y someterse a él. En realidad lo que el individuo espera es que sometiéndose al poder pueda también participar del mismo. Los casos extremos de poder y rudeza tienden a concebir las relaciones con los otros en términos de categorías opuestas: *débil-fuerte; dominante-sumiso; líder-seguidor; superior-inferior*.

7. **Destructividad y cinismo** (14 y 27)

Obviamente la agresión autoritaria constituye un útil vertedero para la expresión de impulsos hostiles subyacentes. Pero ella no es suficiente para la mayoría de los individuos. La suposición que surge es la de que, a partir de las restricciones externamente impuestas a la satisfacción de las necesidades, ocurre un brote de resentimiento y generalizada hostilidad que, al ser racionalizada, queda al descubierto. Destructividad y cinismo es la denominación que se da entonces a toda clase de agresión racionalizada, aceptada por el yo, y que no incluye la agresión autoritaria. Cinismo representa igual cosa: cualquier persona puede ser más libremente agresiva si cree que los demás también lo son. De modo que es casi como natural declararle la guerra “a los demás” con solamente un mínimo de estimulación externa. Resulta sumamente fácil guiar esa agresividad indiferenciada del individuo autoritario, por medios propagandísticos, hacia grupos minoritarios o hacia grupos políticos o religiosos cuya persecución resulte provechosa. Obviamente, estas minorías siempre están al alcance de la mano, representadas por quienes **no son como yo** ni piensan o **sienten lo mismo que yo**, por cuyas razones siempre deben ser ‘excluidas’.

8. **Proyectividad** (6, 15, 20, 26 y 28)

Este factor de la escala f supone la proyección de impulsos reprimidos hacia otras personas o eventos del contorno inmediato. En realidad representa un mecanismo del individuo revelador de cierto característico funcionamiento del yo: si el individuo insiste en que alguien o algo externo le es hostil y no hay clara evidencia de tal cosa, tenemos entonces una buena razón para sospechar que ese individuo tiene intenciones claramente agresivas y está buscando justificarlas mediante el mecanismo proyectivo. Lo que en el fondo ven los autores de la escala es una clara disposición del sujeto a creer que en el mundo exterior ocurren acontecimientos peligrosos y desenfrenados, además de una simplísima proyección de impulsos emocionales inconscientes.

Tal proyección, a manera de mecanismo de defensa sumamente complejo, puede tomar distintas formas: puede ser la percepción de los rasgos amenazadores o indeseables propios; puede consistir en atribuirle a otros toda una serie de impulsos productores de ansiedad que de algún modo amenazan el de por sí bastante precario ajuste del sujeto autoritario; puede ser simplemente ver en otros aquellas disposiciones capaces de justificar nuestras propias creencias o sentimientos. Así, el individuo que se siente definitivamente débil y temeroso puede hallar que tales sentimientos están justificados si logra achacar a los demás prepotencia y hostilidad.

9. **Sexo** (6, 11 y 19)

Aparentemente esta variable mereció a los investigadores iniciales atención muy especial. Las inhibiciones del individuo en esta materia y su indignación moralizante por la conducta sexual de los otros (que considera irregular y desviada) son la fuente de la cual surgen los ítems que conforman el factor. Es indudable que la inmoralidad sexual es una de las violaciones de valores convencionales atribuidas por los sujetos estudiados a grupos étnicos minoritarios -judíos, por ejemplo- (Adorno et al, 1969, p.269). Y ello forma parte del estereotipo del individuo prejuiciado: una fuerte inclinación a castigar a quienes irrespetan las costumbres sexuales (homosexuales, exhibicionistas, violadores, etc.). Todo esto pareciera ser indicación de una actitud punitiva general basada en la identificación del individuo con autoridades del grupo propio, además de que sugiere que los deseos sexuales están siendo fuertemente reprimidos y en peligro de

desbocarse. Desde este punto de vista, un completo acuerdo con el ítem 6 de nuestra versión de la escala f puede ser indicación de la tendencia del individuo a deformar la realidad mediante el mecanismo de proyección. Y esa ofendida actitud moralizante pareciera ser una fuerte evidencia de que el sujeto simplemente desea mantener sus propios impulsos reprimidos bajo rígido control.

Construcción de nuestra versión de la escala

Los autores de la versión inglesa original consideraron que la forma 60 de la escala ofrecía algunas dificultades que creyeron era necesario superar antes de que una versión final fuera aplicada a grupos numerosos de sujetos. Tales observaciones se desprendían del hecho de que la mencionada forma todavía incluía algunos ítems estadísticamente muy deficientes. La revisión consistió fundamentalmente en descartar siete de los viejos ítems e incorporar tres nuevos, con lo cual se obtiene la forma 45/40 (Adorno et al, 1969, p. 255), que es la que usamos en nuestro estudio. Los índices de confiabilidad de la forma 45/40 son los más altos de todas las formas que se conocen en la escala f original y van desde un coeficiente de .97 (obtenido con un grupo de 53 mujeres trabajadoras) hasta uno de .81 (obtenido de un grupo de 343 cadetes). La confiabilidad promedio sobre todas las muestras empleadas es, para esta forma, de .90.

Índices de confiabilidad de tal magnitud pueden significar que la escala realmente coloca a los individuos a lo largo de una amplia y compleja dimensión con apenas un pequeño margen de error, de tal modo que en aplicaciones sucesivas del instrumento los individuos obtendrán puntuaciones muy similares, muy cercanas al puntaje original. Por lo demás, Adorno y colaboradores validaron la escala mediante entrevistas clínicas intensivas de una gran variedad de sujetos de altas y bajas puntuaciones (Adorno et al, 1969, p. 269 y ss.).

Varios de los ítems que componen nuestra versión del instrumento aparecen al final de la monografía, fraseados tal como fueron presentados a los sujetos del estudio. Nuestra versión no incluye los ítems “*It is best to use some prewar authorities in Germany to keep order and prevent chaos*” y “*The true American way of life is disappearing so fast that force may be necessary to preserve it*”, básicamente por considerar que el primero ha perdido ya toda actualidad y vigencia y el segundo carece de sentido su utilización en muestras venezolanas.

El procedimiento empleado con las diferentes muestras a las cuales aplicamos la escala fue permitir un total de 6 escogencias de respuesta para cada ítem: ligero, moderado y completo desacuerdo y los mismos grados de acuerdo, sin la inclusión de la categoría neutral. Se asumió que los tres grados de acuerdo-desacuerdo serían fácilmente reconocibles por cada sujeto y que así se ofrecería la mejor oportunidad para registrar cualquier grado auténticamente sentido de aceptación o de rechazo en cada ítem. Nuestros datos demuestran que todas las seis categorías fueron usadas y que las omisiones que se produjeron fueron pocas.*

La no inclusión de la categoría neutral en el formato tiene, por lo menos dos explicaciones: primero, porque queríamos usar el mismo formato usado por los diseñadores originales de la escala y, segundo, porque el uso de tal categoría ha generado una serie de controversias en materia de investigación psicológica. De hecho, en instrumentos en los cuales tal categoría ha sido incluida

* En realidad de las 24.080 respuestas que se produjeron en las 860 escalas examinadas solamente se observaron 288 omisiones y especialmente entre estudiantes de primaria, maestros y obreros.

con la denominación de “no sé” o “indeciso”, ella tiende a ser escogida como la respuesta más frecuente. Su eliminación del formato ciertamente obliga al sujeto a inclinarse por uno cualquiera de los tres grados colocados a ambos lados de la escala. Por lo demás, la eliminación de esta hipotética categoría neutral es una de las grandes variaciones sufridas por el método Likert de construcción de escalas (Oskamp, 1977, cap. 2).

Las respuestas de los individuos fueron convertidas en puntuaciones brutas siguiendo un procedimiento de cuantificación perfectamente uniforme. Puesto que altas puntuaciones en la escala significan un índice elevado de autoritarismo, todos los ítems fueron calificados de acuerdo al siguiente esquema:

1= (1 punto)	total desacuerdo	ligero acuerdo	4= (4 puntos)
2= (2 puntos)	moderado desacuerdo	moderado acuerdo	5= (5 puntos)
3= (3 puntos)	ligero desacuerdo	total acuerdo	6= (6 puntos)

De esta manera la calificación bruta total de un sujeto es simplemente la suma de sus escogencias en los 28 ítems de la escala (recuérdese que todos los ítems están diseñados en la dirección autoritaria). Para nuestra versión la puntuación total varía entre 28 (1 punto en cada ítem, indicando extrema oposición o total desacuerdo) y 168 (6 puntos en cada ítem, indicando extrema aceptación o total acuerdo). Cuando la puntuación bruta total del sujeto se divide entre el número de ítems de la escala se obtiene la puntuación promedio por ítem, de modo que una puntuación bruta de 91 puede ser también expresada como una puntuación promedio por ítem de 3.25.

Análisis de los ítems

La técnica más extensamente usada para el análisis de ítems en un instrumento como el que nos ocupa suele ser la computación de correlaciones entre puntuaciones de ítems y puntuaciones de la escala total. En el presente caso se usó una técnica sugerida en Edwards (1957) de acuerdo a la cual el poder de discriminación de los ítems de la escala se obtuvo de la manera siguiente: los sujetos cuya puntuación total se localizaron en el 25% superior de la distribución se les consideró puntajes **altos**, y los localizados en el 25% inferior, puntajes **bajos**. Ítem por ítem se computaron pruebas “t” entre altos y bajos, y así se obtuvieron valores indicativos del poder de discriminación para los 28 ítems incluidos en nuestra versión de la escala para diferentes sub-muestras. En la sección de resultados se ofrecen los datos correspondientes, a partir de los cuales puede determinarse la efectividad de la contribución de cada ítem al valor total del instrumento (véase Tabla 4). Paralelamente se realizaron análisis de confiabilidad sobre los datos de diferentes grupos de sujetos y conforme a procedimientos estrictamente convencionales. En seis de los grupos incluidos se aplicó la técnica del test-retest, variando las aplicaciones sucesivas entre 2 y 4 semanas, y en los otros grupos el análisis se hizo conforme a la técnica de las dos mitades. Los datos relevantes al respecto se incluyen en la sección de resultados (Tabla 2).

Administración de la escala

La escala fue administrada a diferentes grupos de sujetos y una vez que la primera versión de la misma se aplicara a dos muestras piloto de ambos sexos (109 varones y 88 hembras), con lo cual se logró fundamentalmente realizar algunas correcciones previas en el fraseo de algunos ítems. La aplicación del instrumento final se realizó en períodos diferentes de los años 76, 77, 78 y 79. La muestra total es de 931 sujetos repartidos así:

TABLA 1. Grupos del estudio.	1976	1977	1978	1979	Todos
A. Estudiantes universitarios	100	48	--	71	219
B. Maestras de primaria	--	106	90	--	196
C. Estudiantes de secundaria	--	110	--	--	110
D. Estudiantes de primaria	--	--	161	--	161
E. Estudiantes de enfermería	60	--	--	--	60
F. Obreros	--	185	--	--	185
				TOTAL	931

RESULTADOS

El análisis de las puntuaciones obtenidas en la escala f por los diferentes grupos de sujetos fue realizado separadamente a lo largo de los distintos períodos del estudio. En todos los casos la escala fue la misma versión inglesa (Adorno et al, 1969, p. 255-257) y en la actual no se incluyen los ítems que ya señaláramos en la sección anterior.

Confiabilidad

La tabla que sigue ofrece los coeficientes de confiabilidad obtenidos con diferentes submuestras, en unos casos utilizando la técnica del test-retest y en otros la técnica de las dos mitades:

TABLA 2. Coeficientes de confiabilidad para los diferentes grupos de sujetos

Grupo	Modalidad	
	Test-retest	Dos mitades
A-76	-	.96
A-77	.79	.83
A-79	-	-
B-77	.88	-
C-78	.83	.91
C	.80	-
D	.85	-
E	.82	.90
F	-	.92
TOTAL	.83	.90

Solamente para efectos de comparación incluimos en la tabla siguiente los índices de confiabilidad logrados por los diseñadores de la forma 45/40 de la escala f, obtenidos también sobre medidas en grupos diferentes (Adorno et al, 1969, p. 258):

TABLA 3. Índices de confiabilidad para la forma 45/40 de la escala f en muestras originales

Muestra	N	Confiabilidad
Estudiantes universitarios	132	.84
Hombres clase media	69	.92
Mujeres clase media	154	.93
Cadetes	343	.81
Reclusos	110	.87
TOTAL	808	.86

Consistencia interna de la escala

Los índices de discriminación de los 28 ítems de la escala se muestran en la tabla 4. Con muy raras excepciones todos los ítems diferencian satisfactoriamente entre los dos cuartiles extremos. Las excepciones notables de ítems que no alcanzan niveles de discriminación satisfactoria son:

- El ítem 21 para la muestra A76: ‘Cuando tenemos suficiente determinación nada ni nadie puede detenernos’;
- El ítem 3 para la muestra B77: ‘Algún día podrá demostrarse que la astrología puede explicar muchas cosas hasta ahora inexplicables’ y
- Para la muestra C los ítems 6: ‘Las perversiones sexuales de nuestros antepasados fueron una tontería comparadas con las de ahora’; 10: ‘Lo que nuestra juventud necesita es disciplina estricta, determinación y voluntad para pelear por su país y su familia’, y 17: ‘Sabiendo como es la naturaleza humana debemos esperar que la guerra exista siempre’.

De acuerdo a la ordenación que hemos dado a los 28 ítems en nuestra versión, el ítem 21 pertenece al factor “poder y rudeza”, el ítem 3 al factor “superstición y estereotipia”, el ítem 6 a “proyectividad” y “sexo”, el ítem 10 a “agresión autoritaria” y “poder y rudeza”, y el ítem 17 a “destruccion y cinismo”. En la tabla 4 presentamos los valores “t” para cada uno de los 28 ítems, sus niveles de significación para las muestras A-76, B-77, D y A+E (Medicina y Enfermería combinadas):

TABLA 4. Índices de discriminación para los ítems de la escala f., expresados en valores “t”.

Ítem N°	Estudiantes universitarios	Maestras de primaria	Estudiantes de secundaria	Estudiantes de Med. y Enf. combinados
1	3.87***	3.01**	3.44**	3.93***
2	4.93***	2.90**	3.69***	3.96***
3	3.73***	n.s.	2.89**	2.97**
4	3.54***	2.12**	2.10*	4.00***
5	5.97***	2.40*	2.28*	6.96***
6	3.93***	3.80***	n.s.	4.97***
7	6.05***	2.21*	4.60***	5.60***
8	2.98**	2.88**	2.19*	3.13***
9	4.90***	3.01**	4.61***	3.77***
10	4.43***	3.01**	n.s.	3.54***
11	6.32***	2.37*	3.46**	5.92***
12	4.42***	7.20***	3.49**	5.25***
13	6.26***	4.00***	4.13***	6.26***
14	7.04***	4.34***	4.01***	5.28***
15	7.42***	4.97***	6.69***	7.57***
16	3.33**	5.94***	2.86**	3.13**
17	5.76***	2.41*	n.s.	5.95***
18	5.00***	3.75**	2.09*	5.64***
19	6.84***	2.82**	3.22**	5.54***
20	2.98**	3.17**	3.15**	2.76**
21	n.s.	2.22*	2.10*	3.35**
22	2.81**	5.66***	3.14**	3.06**
23	5.62***	3.86***	2.70**	4.68***
24	5.37***	2.83***	3.06**	4.73***
25	3.10**	4.44***	2.86**	3.26**
26	3.80***	4.39***	2.25*	3.40**
27	4.16***	3.14**	2.40*	3.86***
28	3.15**	2.87**	4.16***	3.16**

*=p<.05 // **=p<.01 // ***=p<.001

La tabla 5 ofrece información sobre rango, puntajes promedio y desviación estándar para nueve grupos de sujetos:

TABLA 5. Rango, puntuaciones promedio y desviaciones estándar para diferentes muestras.

Muestra	N	Rango	X	D.E.
Estudiantes universitarios	100	2.72-6.48	4.68	.93
Estudiantes universitarios	48	2.25-5.80	4.33	.81
Estudiantes universitarios	71	2.85-5.11	4.09	.63
Maestras de primaria	106	2.28-6.33	5.18	.76
Maestras de primaria	90	2.14-6.04	5.07	.71
Estudiantes de secundaria	110	2.81-6.29	4.64	.80
Estudiantes de primaria	161	2.46-5.18	4.56	.90
Estudiantes de enfermería	60	2.84-6.36	4.73	.65
Obreros	185	1.98-6.43	5.04	.79

Los datos en la tabla siguiente se refieren a rango, puntuaciones promedio y desviaciones estándar extraídos de los trabajos originales de Adorno y colaboradores con la misma versión de la escala f:

TABLA 6. Rango, puntuaciones promedio y desviaciones estándar para diferentes muestras de sujetos en la versión original inglesa de la escala f (Forma 45/40).

Sujetos	N	Rango	X	D.S.
Estudiantes universitarios	132	1.20-5.40	3.51	.90
Hombres de clase media	69	1.30-6.70	3.69	1.22
Mujeres de clase media	154	1.10-6.70	3.62	1.26
Cadetes	343	1.60-6.10	4.06	.77
Reclusos	110	2.00-6.80	4.73	.86
Trabajadores	61	1.80-6.90	4.19	1.18

Los datos más importantes de las tablas anteriores son, respectivamente, los valores “t” obtenidos (tabla 4) y los puntajes promedio para cada grupo (tabla 5). La media de los grupos muestra una tendencia general a puntuar en dirección a los tres grados de “acuerdo” de la escala y lo que parece resaltar de los datos anteriores es que **todas** las muestras están por encima del teórico punto neutral 4.

Los valores “t”, por su lado, simplemente dan una idea de los límites de la variabilidad de los altos y los bajos sobre la media del grupo respectivo, ítem por ítem, y la diferencia promedio en las respuestas. El procedimiento que usamos en la computación de los índices de discriminación es un tanto más sofisticado pero no diferente al usado por Adorno y sus colegas en su trabajo original quienes emplearon la técnica de discriminación de Likert (Adorno et al, 1969, p. 77), la cual supone simplemente obtener la media en cada ítem para los sujetos que puntúan alto y restarle la media de los sujetos que puntúan bajo. De acuerdo a tal procedimiento, mientras mayor sea la diferencia observada mayor es el poder discriminatorio de los ítems. Y eso es exactamente lo que se logra al computar pruebas “t” entre las puntuaciones ‘altas’ y ‘bajas’ de los ítems individuales (véase Edwards, 1957, cap. 6).

Los factores y las muestras

Las puntuaciones de las distintas muestras en cada una de las 9 variables que la escala incluye, se ofrecen a continuación para seis grupos (N 561) en los cuales se obtuvieron puntajes

“separados”, factor por factor. Con el objeto de comparaciones posteriores, separamos las tablas en “muestras femeninas” (maestras, estudiantes de enfermería y hembras estudiantes de medicina) y muestras de ambos sexos (obreros, estudiantes de secundaria y varones estudiantes de medicina).

TABLA 7. Puntajes promedio y D.E. en los factores de la escala, para las muestras femeninas.

Factores	Maestras de Primaria (N: 106)		Estudiantes de Enfermería (N: 60)		Estudiantes de Medicina (N: 52)	
	X	D.E.	X	D.E.	X	D.E.
Convencionalismo	5.30	.89	5.35	.95	4.92	.94
Sumisión autoritaria	4.90	.94	5.33	.55	5.18	.56
Agresión autoritaria	5.28	.86	4.78	1.23	4.90	.82
Auto subjetivismo	5.43	.91	5.37	1.05	4.77	1.06
Superst. y estereot.	5.30	1.14	4.31	1.12	4.28	.66
Poder y rudeza	5.07	.84	4.60	1.18	4.40	.65
Destructiv. y cinismo	4.83	1.02	4.32	1.12	4.53	.72
Proyectividad	5.35	.50	4.40	.45	4.85	.38
Sexo	4.90	.77	3.91	1.02	4.78	.79
TOTAL	5.18	.76	4.73	.85	4.75	.71

TABLA 8. Puntajes promedio y D.E. en los factores de la escala para muestras masculinas y de ambos sexos

Factores	Estudiantes de Secundaria (110) (ambos sexos)		Obreros (185) (varones)		Estudiantes de Medicina (48) (varones)	
	X	D.E.	X	D.E.	X	D.E.
Convencionalismo	4.61	1.05	5.50	.90	4.63	1.10
Sumisión autoritaria	4.98	.64	5.46	.66	4.69	.69
Agresión autoritaria	4.80	.72	5.19	.73	5.07	1.03
Auto subjetivismo	4.56	.81	5.26	.98	4.85	1.27
Superst. y estereot.	4.22	.74	5.12	.60	4.03	.68
Poder y rudeza	4.80	.82	5.27	.74	4.50	.51
Destructiv. y cinismo	4.00	1.53	4.10	1.20	4.52	.69
Proyectividad	4.41	.38	4.60	.21	4.53	.25
Sexo	4.51	.73	4.90	.88	4.31	1.11
TOTAL	4.64	.81	5.04	.79	4.60	1.04

En la tabla siguiente -y con el fin de resumir un tanto lo anterior- ofrecemos los puntajes promedio y desviaciones estándar para todos los grupos a quienes, separadamente y en períodos distintos, se aplicó nuestra versión de la escala f:

TABLA 9. Puntuaciones promedio y desviaciones estándar para todos los grupos del estudio

Sujetos	X	D.E.	N
Estudiantes universitarios	4.41	.81	219
Maestras de primaria	5.12	.74	196
Estudiantes de secundaria	4.64	.80	110
Estudiantes de primaria (6° Grado)	4.56	.90	161
Estudiantes de enfermería	4.73	.65	60
Obreros	5.04	.79	185
TOTAL	4.76	.81	931

Edad y puntajes en la F

A partir de los análisis de correlación efectuados entre puntajes de la escala y edad para varios grupos de sujetos, resulta aparente una relación positiva entre las dos variables. Los coeficientes de correlación obtenidos solamente alcanzan significación estadística en los casos del grupo F (obreros) y el grupo B-77 (maestras de primaria), pero pareciera que a medida que aumenta la edad, las personas se hacen más autoritarias, según puede observarse a partir de la simple inspección de los puntajes promedio en f para los distintos grupos y sobre la base de las correlaciones efectuadas, cuestiones que aparecen todas en la tabla que sigue:

TABLA 10. Edad promedio, desviaciones estándar, puntajes promedio en la escala y coeficientes de correlación para distintos grupos de sujetos.

Grupo	Edad x	D.E.	x F	r
Estudiantes de secundaria	18.9	2.1	4.64	.09
Estudiantes universitarios	22.3	2.8	4.68	.10
Obreros	29.4	8.5	5.04	.20*
Maestras de primaria (1978)	31.3	4.0	5.07	.16
Maestras de primaria (1977)	32.7	4.9	5.18	.26**

p. <.05 // ** p. <.02

Inteligencia y puntajes en la escala f

Los índices de correlación entre la escala f y varios tests de inteligencia que se hallan en La Personalidad Autoritaria (Adorno et al, 1969, p. 282-283) son todos negativos: -.20 (Army General Classification Test); -.13 (Bennett Mechanical Aptitude Test); -.20 (Iowa Silent Reading Test); -.16 (Stanford Adult Arithmetical Reasoning Test); -.48 (Stanford-Binet) y -.32 (Otis -Higher Form A-Intelligence Test). Los resultados que obtuvimos en varias muestras, usando siempre el Cattell (Culture Free) Intelligence Test (Forma A, B y A+B) son también consistentemente negativos, tal como aparece en la tabla que ahora ofrecemos:

TABLA 11. Correlación entre puntajes brutos en la escala f y puntajes brutos en Cattell

Muestra	N	r
Maestras de escuela primaria	106	-.25**
Estudiantes universitarios (A-79)	48	.08
Estudiantes universitarios (A-76)	100	-.20*
Estudiantes de secundaria	110	-.16
Obreros	100	-.15
Estudiantes de primaria	161	-.12

** p. <.02 // *p. <.05

Educación y puntajes en la escala f

En la sección de La Personalidad Autoritaria que trata el tema de la inteligencia y el autoritarismo, también se asume que la educación es un elemento de algún modo correlacionable con el síndrome (cap. VIII). Y muy a pesar de que los datos allí ofrecidos se refieren más a la escala E (Etnocentrismo) que a la F (Autoritarismo), los patrones de referencia son bastante claros: a mayor educación, menores puntuaciones en la escala E.

La educación es uno de los índices más importantes reveladores de la posición social del individuo, junto al estatus ocupacional, el ingreso y el lugar de residencia. Y tanto si se usa uno o varios de estos índices, lo que la investigación ha revelado es que el estatus socioeconómico está

negativamente asociado con autoritarismo (Mackinnon y Centers, 1956; McDill, 1961; Srole, 1956). En nuestro caso también se revela una cierta tendencia indicadora de lo mismo, sobre todo a partir de una inspección de las medias obtenidas por las distintas muestras, cada una de las cuales varía en años de escolaridad. Véase la tabla siguiente:

TABLA 12. Puntajes promedio en la escala f y años de escolaridad reportados por diferentes grupos

N	x F	Escolaridad
100	5.14	6 años
69	4.73	8 años
90	5.07	9 años
100	4.50	10 años
100	4.40	12 años

Sexo y puntajes en la escala f

Los puntajes promedio reportados en La Personalidad Autoritaria para hombres y mujeres a quienes se aplicó la forma 45/40 son, respectivamente, de 3.86 (N: 310) y 3.58 (N: 469). Aparentemente y a partir del examen de puntuaciones promedio obtenidas con nuestras muestras de sujetos, esa no es la tendencia predominante observable entre las muestras venezolanas. En la tabla siguiente intentamos la presentación de tales datos de modo organizado:

TABLA 13. Puntuaciones promedio en la escala f y sexo, para diferentes grupos.

Grupos	Hembras	N	Varones	N
Maestras	5.12	196	--	--
Estudiantes de Enfermería	4.73	60	--	--
Estudiantes de Medicina	4.75	52	4.60	48
Estudiantes de Secundaria	4.74	50	4.56	60
Estudiantes de Primaria	4.69	78	4.43	83
Obreros	--	--	5.04	185
TOTAL	4.90	436	4.77	376

Los resultados anteriores se refieren a aplicaciones de la escala entre los años 76 y 79. En un estudio posterior realizado en el año 2000, con una muestra más pequeña (150 sujetos: 66 supervisores y 84 empleados de la vieja PDVSA) la diferencia en puntajes promedio para ambos sexos se mantiene, con una ligera ventaja para el sexo femenino (mujeres: 4.21: hombres: 3.92). En la misma muestra la función 'empleado' revela un puntaje promedio más alto que la función 'supervisor' (4.23 vs 3.93). Y los cuatro niveles educativos reportados (bachillerato, técnico medio, técnico superior y profesional) evidencian una cierta relación negativa con puntajes en la medida de autoritarismo: los niveles educativos más bajos tienen puntajes más altos en la escala f. En cuanto a edad y puntajes en la f, en los estudios de los años 76-79 la correlación es positiva y significativa, especialmente para obreros y maestras de primaria. En el estudio del año 2000 los datos parecen sugerir una correlación negativa.

DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos con la presente versión de la escala *f* indican que el instrumento, desde el punto de vista de los índices de confiabilidad obtenidos, cumple requisitos estadísticos rigurosos. Tal es lo que desprende de la confiabilidad promedio de .83 y de .90, alcanzados con los análisis que se hicieron en los distintos grupos de individuos a los cuales la escala se aplicó. Iguales conclusiones pueden derivarse a partir de los niveles de discriminación logrados por los 28 ítems que forman el instrumento, ciertamente otra prueba más de la confiabilidad práctica de la escala. Una observación de las tablas 5 y 6 sugiere que, aparentemente, las muestras venezolanas son más “autoritarias” que las americanas, dados sus puntajes promedio mayores. Es obvia, también, una mayor variabilidad en el caso de las americanas, explicable por la mayor amplitud de los rangos.

Hay diferencias perfectamente observables entre los distintos tipos de sujetos incluidos en el estudio, tanto si se examinan los puntajes promedio totales como si se consideran los puntajes promedio por factores. Aparentemente y sobre la base de las puntuaciones promedio reportadas, las maestras de primaria lucen como un grupo seleccionado dentro de la población general cuyos puntajes en autoritarismo son más altos que los del adulto promedio. De hecho, ellas son las que logran las puntuaciones promedio más altas, seguidas por los obreros y las estudiantes de medicina. Cuando se examinan las tablas 7 y 8, las maestras aparecen con las puntuaciones promedio más altas en cinco de los nueve factores de la escala (factores 3, 4, 5, 7 y 8).

Habida cuenta de que nuestras muestras están, en su mayoría, conformadas por sujetos procedentes de la región andina (excepto la de los estudiantes universitarios, los obreros y la muestra del año 2000) que incluyen sujetos de distintas regiones del país), no nos atrevemos a enfatizar demasiado sobre las posibilidades de generalización de los resultados actuales.

Es evidente -por los demás- una correlación positiva entre edad y puntajes en la escala, tal como se muestra en la tabla 10, según la cual, a medida que aumentan las edades promedio de las muestras, también se observa un incremento en las puntuaciones promedio en la escala *f*. Posteriores indagaciones con el instrumento, empleando muestras seccionales de edades diferentes, podrán mostrar si esta tendencia es una evidencia estadísticamente sostenible. Otro de los hallazgos consistentes con el trabajo original de Adorno y sus colegas es el relativo a la asociación negativa entre puntajes en la escala *f* y puntajes en inteligencia (Tabla 11). Y, finalmente, las medidas de asociación computadas entre educación y puntajes en la *f* también resultan negativas, como ocurriera con las muestras originales del estudio de Berkeley (véase Tabla 12).

La tabla 13 muestra que los puntajes promedio en autoritarismo son consistentemente mayores para los sujetos femeninos. Las distintas pruebas de comparación efectuadas no alcanzaron significación estadística, pero pareciera que, al contrario de lo señalado en el estudio original de California, en la sociedad venezolana son las hembras (y no los varones) las más autoritarias. Exceptuando los puntajes promedio reportados, no disponemos de evidencias estadísticas más sólidas para arriesgar una afirmación definitiva en tal sentido. Pero es muy probable que sucesivas indagaciones con la escala puedan corroborar definitivamente este “hallazgo” contradictorio sobre la posible asociación entre sexo y autoritarismo en muestras venezolanas, asociación que también ha sido reportada en Sinha y Sinha (1977).

No nos queda duda alguna de que el estudio del autoritarismo como aspecto fundamental de la personalidad posee un valor extraordinario. Y muy a pesar de lo criticable que resulte la medida de autoritarismo que generalmente se emplea en tal sentido, pensamos que es un buen instrumento, capaz de cubrir el síndrome “autoritarismo general” con relativa eficiencia. En la opinión de Adorno y sus colegas hay “persistentes fuerzas en la personalidad de un individuo que determinan sus respuestas en situaciones variadas y a las cuales puede ser atribuida su consistencia conductual, ya sea verbal o física” (Adorno et al, 1969, p. 5). Es la misma aseveración muchas veces ensayada por psicólogos interesados en la personalidad y expresada simplemente en la proposición de que los “rasgos” tienen un evidente efecto sobre la acción y la conducta. De esta manera se esperaría que el sujeto autoritario actúe de modo diferente al no-autoritario y que tales diferencias tengan relevancia psicológica y social (Hofstader, 1967).

EPÍLOGO

El líder autoritario suele ser muy sensible ante ideas de ‘conspiración’ asociadas con eventos políticos, sociales y económicos relevantes que, al mismo tiempo, son psicológicamente ambiguos, controversiales y distantes (comunismo, fascismo, magnicidio, traición, seguridad nacional, etc.). Y muy cercana a esta especie de paranoia clínica, en él también deben hallarse sentimientos de sospecha, aversión, resentimiento, desconfianza, antipatía, además de pedantería, agresividad, hostilidad, manías persecutorias y delirios de grandeza. Habrá también cierta predisposición a sentirse ofendido, a escandalizarse, a reaccionar con rabia, furia y violencia cada vez que se frustra o cuando se piensa bajo ataque en escaramuzas que son, normalmente, de su propia antojadiza invención o creación de alguien en ‘su’ entorno de fanáticos. Es una característica común entre individuos con mentalidad victimista, quienes, al mismo tiempo, creen que sus arremetidas, ataques, agresiones e insultos siempre tienen plena justificación.

Todas las anteriores lindezas se han visto reproducidas en el comportamiento habitual de ciertos funcionarios públicos en la actual Venezuela bolivariana, quienes periódicamente declaran sentirse amenazados, agredidos, traicionados, violentados y en peligro de muerte o... extinción. Así, sumidos de modo casi permanente en la más teatral y aparatosa paranoia, sistemáticamente denuncian la presencia de peligrosas acechanzas en su contra. Y es por ello que todo el tiempo se les ve convencidos de que cada compromiso, cada trance, cada acto suyo crónicamente tiene una connotación de ‘batalla’, ‘refriega’, ‘ofensiva’, ‘asalto’, ‘guerra’ o ‘embestida’.

Es bien sabido que el acecho siempre tiene el mismo origen, de modo que la fuente se describe usando un lenguaje machacón, repetitivo, tal vez porque la duplicación *ad infinitum* del mismo sonsonete le otorga confiabilidad a la denuncia. Se trata, casi siempre, de funcionarios que conciben el mundo en pares opuestos: lo bueno y lo malo; lo blanco y lo negro, nosotros y los demás.

Tales ideas deben estar siendo engendradas en los laboratorios de la revolución para, supuestamente, agitar en el pueblo sentimientos protectores que los convierta en funcionarios indispensables, insustituibles, por cuya seguridad todos tienen que velar. Entre el pueblo y esos funcionarios pareciera existir una ligazón de ‘intereses’ simultáneos artificialmente compartidos, basados en la expresión de ilusiones, deseos, ensueños, delirios, anhelos y esperanzas, por lo general expresados en forma de *slogans*, también artificiales.

El resultado final es la aparición de un amasijo ideológico que funciona como sustento de una mentalidad esencialmente paranoide, basada en **quimeras** que, convenientemente traducidas al formato usual, terminan siendo norma, pauta, canon o patrón de respuesta para todo (o casi todo) en la extraña denominación ‘socialista’ tipo siglo XXI. Por lo general las normas o pautas son extraídas de cualquier esquema foráneo donde se pueda hallar alguna coincidencia, al menos verbal. Es así como el pueblo aprende que para ‘borrar’ la oligarquía solo será necesario desearlo; para ‘despedazar’ al imperio basta con anhelar indefinidamente el despedazamiento; para ‘crear’ un sistema socialista sólo se requiere soñarlo para luego pasar a imponer el mamotreto por la fuerza; para ‘desmantelar’ al capitalismo apenas se precisa tener esperanzas y expresarlas de la manera más ruidosa posible; para ‘desaparecer’ la opulenta burguesía se requiere anhelar firmemente su desaparición. Y lo que hace que el pueblo sea un creyente en el ‘proceso’ -y le ayude a dar sentido a las quimeras- suele quedar reducido a una serie de manejos espectacularmente dolosos que conducen a la expoliación y a la búsqueda del poder y el dinero por parte de funcionarios relevantes en un Estado depredador.

Así también el pueblo aprende que para abatir a la república y convertirla en otro fachendoso *hábitat* comunista esclerosado entre necesidades, solo es necesario afiliarse al torpe y fracasado modelo cubano. Seguir la pauta o el patrón de respuestas ‘adecuado’ significa insistir tercamente en el mantenimiento de algunas *definiciones esenciales*, aunque entendemos que el resultado final puede ser la destrucción del país. Es muy cierto que el batiburrillo ideológico es castrante e inhibe la activación de procesos mentales de nivel superior, pues todo el asunto se resuelve a partir de una interminable repetición de repeticiones. De todas maneras, y para el caso de América latina, ya se sabe que sus ‘revoluciones’ siempre han estado signadas por corrupción excesiva y escasez de talento. Pero es aparente que en el esquema también está previsto una solución final extraída de cualquier nación siamesa, donde hayan sido ya identificados iguales alistamientos y fundadas las mismas afiliaciones caprichosas.

El resultado es una especie de ‘chifladura’ social aparentemente sin complicaciones, surgiendo en una sociedad que gradualmente ha estado revelando la aparición de personalidades anómalas que van desde el ‘*desajustado o inmoral*’ hasta el ‘*marginal*’, pasando por el ‘*malajustado o desmoralizado*’ y el ‘*parcialmente ajustado*’, todas en el lado negativo de la tipología que Becker (1956) propone frente al paso desde la sociedad sagrada a la sociedad secular. Las verdaderas complicaciones aparecen cuando esas ‘disposiciones’ individuales se vuelven práctica colectiva en regímenes de corte totalitario, y entonces las imaginadas acechanzas, los patrones de respuesta, los intereses, los *slogans* y el manejo pretencioso de quimeras pueden ser el disparador primario de innumerables prejuicios que sirven para legitimar persecuciones, invasiones a la propiedad privada, detenciones, asesinatos, encarcelamientos y muchas otras formas de violación de los derechos humanos.

En regímenes de ideología totalitaria el control de la vida de los ciudadanos está en manos de un partido único que cuenta con la membresía de, al menos, un 15 por ciento de la población civil. El partido propone el credo o dogma, que debe considerarse indiscutible, formula la estructura del gobierno y dirige la economía, todo lo cual debe ser puesto al servicio del partido, que termina así transformándose en el mejor consumidor de la riqueza nacional. El partido es responsable de las pautas o patrones de respuesta más ‘adecuados’: inventará las *definiciones esenciales* (el enemigo es el imperio), creará las **quimeras** (la burguesía debe desaparecer), fabricará los *slogans* (‘patria, socialismo o muerte’;

‘venceremos’) y descubrirá las peligrosas *acechanzas* (alguien, en alguna parte y en algún momento, debe tener la mala idea de querer asesinar al líder). Aparentemente, el pueblo va a mantenerse muy entretenido observando la gran riqueza de escogencias (en realidad rituales) frente a las cuales se abre una travesía hacia el futuro socialista.

En regímenes así no hay división de poderes y el Estado tiene el monopolio del poder militar. Abundan los uniformados serviciales, dispuestos a patrocinar dogmas y patrones de respuesta, a condición de que puedan disfrutar a sus anchas del poder y el dinero. O lo que es lo mismo: convertirse en depredadores de la nación. El partido también controla sus propios grupos armados leales, básicamente destinados a producir violencia, provocar miedo y desconfianza y generar terror. El esquema incluye el sometimiento de los medios de comunicación, que luego son usados para dos tareas elementales: adoctrinar (en realidad amaestrar) a la población y ofrecer acatamiento al envanecido ‘líder’, quien normalmente los usa para exhibir su particular egolatría.

En esta clase de esquemas ‘novedosos’, cuya mejor característica desde el inicio (para el caso de Venezuela) ha sido la capitalización del resentimiento social, nos parece notable el particular desempeño de algunas *féminas*, bien acostumbradas al ejercicio de un poder sin restricciones y que, igual que sus contrapartes masculinos, han mostrado poseer una axiomática vocación de momias pues insisten en mantenerse en sus cargos de por vida. Tal desempeño, además de sugerir un fuerte extravío personal de tipo antidemocrático, es también un detalle importante que refuerza, con las limitaciones del caso, nuestro sorprendente hallazgo de puntajes en la escala F en la mujer venezolana más altos que los puntajes hallados en los hombres (véase Tabla 13). En la Tabla 7 también pueden verse puntajes altos en sumisión y agresión autoritaria, factores que además de contribuir a la generación del potencial antidemocrático, también hacen al individuo receptivo a la manipulación y conducción por agencias de poder externo, al mismo tiempo que exagera sus sentimientos de gratitud, obediencia y respeto por figuras autoritarias.

Agresión, sumisión y convencionalismo son tres rasgos sobresalientes del autoritarismo. Son factores que tienen que ver con los aspectos **morales** de la vida, con patrones de conducta, con autoridades que defienden esos patrones y con quienes los violan -que deben ser castigados. La tendencia normal es que quienes puntúen alto en uno de ellos, deben puntuar alto también en los demás (véanse tablas 7 y 8, en la página 17). Tales rasgos impiden el pensamiento independiente y lo que verdaderamente adquiere significado personal distintivo es el deseo irrefrenable de someterse y obedecer, a Dios o al líder. El individuo desea ‘cuadrar’ dentro de una cadena de mando y al mismo tiempo espera que alguien (puede ser Dios o el líder) le diga qué hacer.

La conducta moralmente ‘relajada’ de individuos, grupos o minorías no asimiladas es inaceptable. Junto al convencionalismo, la sumisión autoritaria señala al individuo orientado hacia agencias de control y de presión externas, en lugar de hacia el control personal. En este tipo de individuos rechazar, perseguir, difamar y castigar a otros individuos o grupos ajenos (que **no son como nosotros**) son formas muy adecuadas para justificar su agresión. Los fundamentalistas mullahs, incluyendo a Bin Laden y otros terroristas, son gente sumisa y agresiva, supremamente convencionales. Generalmente dan la impresión de vestir con piel de oveja, hasta que llega el momento de activar su verdadero propósito. Igual cosa ocurre con los dictadores. Fueron esta clase de rasgos los que llevaron a las masas alemanas a seguir a Hitler con especial fanatismo. Es, también, la clase de pegamento que mantiene las agrupaciones tipo Al Qai'da firmemente unidas.

Finalmente, es el tipo de pensamiento que pudimos observar en noviembre del 2001 cuando el Presidente Bush declaró: *O estás con nosotros o contra nosotros*.

Es muy cierto que los trabajos hasta ahora realizados sobre el tema del autoritarismo han estado masivamente concentrados en un nivel individual de análisis. El tópico tiene implicaciones teóricas tanto para la investigación psicológica como para la social y cultural. Es evidente también que el interés que se mantiene sobre el mismo no desaparecerá en el futuro inmediato, simplemente porque siempre habrá instituciones y personas en las cuales el concepto puede ser fácilmente reconocido. Ya los antropólogos, sociólogos y economistas han expresado que el concepto es de valencia notable en un nivel socio-cultural de análisis. Y Hagen (1962), el propulsor de este punto de vista, igualmente ha sugerido que un elevado autoritarismo es un factor integral en el **lento** desarrollo tecnológico y económico en vastas áreas subdesarrolladas.

El estudio realizado por Montgomery et al (1976) sorprendentemente demuestra la hipótesis de que el cambio social ocurre en sociedades **poco** autoritarias con mayor **rapidez** que en sociedades **muy** autoritarias. Y argumentan que el modelo teórico que probablemente explique mejor la más rápida proporción del cambio social en sociedades poco autoritarias, sería aquel en el cual los elementos centrales son de tipo ideológico, político o personal-cultural. Ello corresponde a la distinción weberiana entre sociedades racionales y tradicionales, a la otra distinción que hace Toennies entre dos tipos básicos de asociación humana (*Gemeinshaft* =comunidad y *Gessellshaft* = sociedad), a la propuesta por Becker entre sociedades seculares y sagradas o la finalmente señalada por Fromm, que distingue entre sociedades sanas y sociedades con defectos neuróticos.

Ítemes tipo de la Escala f (versión G.E. *)

Un insulto a nuestro honor nacional jamás debe quedar sin castigo.
Muchas personas están predestinadas a morir trágicamente.
Los homosexuales son también criminales y como tales deben ser severamente castigados.
Cuando tenemos suficiente determinación, nada ni nadie puede detenernos.
En nuestra sociedad los comerciantes y los cultivadores son mucho más importantes que artistas y profesores.

* Se muestran solamente cinco de los 28 ítemes que contiene la versión de la escala adaptada en Venezuela.

REFERENCIAS

- Adorno, T.W., Frenkel-Brunswick, E., Levinson, D.J. y Sanford R.N. The Authoritarian Personality: Studies in prejudice. New York: Norton, 1969.
- Athanasiou, R. Technique without mystique: Authoritarianism in engineering students. *Educational and Psychological Measurement*, 1968, 28, 1181-1188.
- Becker, H. Man in reciprocity. Introductory lectures on culture, society and personality. Praeger. New York, 1956.
- Berkowitz, N.H. y Wolkon, G.H. A forced choice form of the F scale-free of acquiescence response set. *Sociometry*, 1964, 27, 54-65.
- Brimm, O.G., Jr. Attitude content-intensity and probability expectations. *Am. Soc. Review*, 1955, 20, 68-76.
- Brown, R. The authoritarian personality. **En** *Social Psychology* (capítulo 10). New York: Free Press, 1965.
- Budner, S. Intolerance of ambiguity as a personality variable. *J. of Pers*, 1962, 30, 29-50.
- Byrne, D. An introduction to Personality: Research, theory and applications (2a. ed.) Englewood Cliff (N.J.): Prentice-Hall, 1974.
- Couch, A. y Keninston, K. Agreeing response set as a personality variable. *J. of Abn. And S. Psych*, 1960, 60, 151-174
- Crombach, L.J. Coefficient alpha and the internal structure of the test. *Psychometrika*, 1951, 16, 297-334.
- Dillehay, R.C. Sincerity and dogmatism: A reassessment and new data. *Psych. Review*, 1969, 76, 422-424.
- Edwards, A. Unlabeled fascist attitudes. *J. of Abn. And S. Psych.*, 1941, 36, 579-582.
- Edwards, A.L. Techniques of attitudes scale construction. New York: Appleton-Century-Crofts, 1957.
- Fromm, E. Escape from freedom. New York: Farrar & Rinehart, 1941.
- Gage, N.L. y Chattegee, B.B. The psychological meaning of acquiescence set: Further evidence. *J. of Abn. And S. Psych.*, 1960, 60, 280-283.
- Gage, N.L., Leavitt, G.S. y Stone, G.C. The psychological meaning of acquiescence set. *J. of Abn. And S. Psych.*, 1957, 55, 98-103.
- Hagen, E.E. On the theory of social change. Homewood (Ill.): Dorsey Press, 1962.
- Hofstadter, R. The paranoid style in American politics and other essays. New York: Vintage Books, 1967.
- Hyman, H., Wright, C y Hopkins, T. Applications of methods of evaluation. Berkeley (Calif.): University of California Press, 1962.
- Janowitz, M. y Marvick, D. Authoritarianism and political behavior. *Public Opinion Quarterly*, 1953, 17, 185-201.
- Jones, M.B. The Pensacola Z survey: A study in the measurement on authoritarian tendency. *Psychological Monographs*, 1957, 71, N°452.
- Kaufman, W.C. Status, authoritarianism, and anti-semitism. *American J. of Soc.*, 1957, 62, 379-382.
- Kerlinger, F. y Rokeach, M. The factorial nature of the F and D scales. *J. of Pers. And s. Psych.*, 1966, 4, 391-399.
- Kirscht, J.P. y Dillehay, R.C. Dimensions of authoritarianism: A review of the research and theory. Lexington, University of Kentucky Press, 1967.
- Krug, R. An analysis of the F scale: I. Item factor analysis. *Journal of Social Psych.*, 1961, 53, 285-291.
- Lane, R.E. Political personality and electoral choice. *Am. Pol. Sc. Rev.*, 1955, XLIX, 173-190.
- Leavitt, J.J., Hax, H. y Roche, J.H. "Authoritarianism" and agreement with things authoritative. *Journal of Psych.*, 1955, 51, 704-705.
- Levinson, D. y Huffman, P. Traditional family ideology and its relation to personality. *J. of Pers.*, 1955, 23, 251-273.
- London, H. y Exner, John E., Jr. Dimensions of personality. New York: Wiley, 1978.
- Mackinnon, W.J. y Centers, R. Authoritarianism and urban stratification. *Am. J. of Soc.*, 1956, 61, 610-620.
- Martin, J.G. y Westie, F.R. The tolerant personality. *Am. Soc. Review*, 1959, 24, 521-528.
- Maslow, A.H. The authoritarian character structure. *J. of S. Psych.*, 1943, 18, 401-411.
- McDill, E.L. Anomie, authoritarianism, prejudice, and socio-economic status: An attempt at clarification. *Social Forces*, 1961, 39, 239-245.
- Meresko, R., Rubin, M., Shontz, F.C. y Morrow, W.R. Rigidity of attitude regarding personal habits and its ideological correlates. *J. of Abn. And S. Psych.*, 1954, 49, 89-93.
- Montgomery, R.L., Hinkle, S.W. y Enzie, R.F. Arbitrary norms and social change in high -and low- authoritarian societies. *J. of Pers. and S. Psych.*, 1976, 33 (6), 698-708.
- Moore, J.C. y Krupat, E. Source status, authoritarianism and conformity. *Sociometry*, 1971, 34, 122-134.
- Oskamp, S. Attitudes and Opinions. New Jersey: Prentice-Hall, 1977.
- Peabody, D. Authoritarianism and response bias. *Psych. Bull.*, 1966, 65, 11-23.
- Rehfish, J.M. A scale for personality rigidity. *J. of Cons. Psych.*, 1958, 22, 10-15.

- Rokeach, M. Authoritarian scales and response bias: Comment of Peabody's paper. *Psych. Bull.*, 1967, 67, 349-355.
- Rokeach, M. The open and closed mind. New York: Basic Books, 1960.
- Rokeach, M. Political and religious dogmatism: An alternative to the authoritarian personality. *Psych. Monographs*, 1956, N°425, 43, p. 70, N° 18.
- Rokeach, M. y Eglash, A. A scale for measuring intellectual conviction. *J. Of S. Psych.*, 1956, 44, 135-141.
- Rorer, L.G. The great response style myth. *Psychological Bull.*, 1965, 63, 129-156.
- Samelson, F. y Yates, J.F. Acquiescence and the F scale: Old assumptions and new data. *Psych. Bulletin*, 1967.
- Schulze, R.H.K. A shortened version of the Rokeach dogmatism scale. *J. of Psychological Studies*, 1962, 13, 93-97.
- Schuman, H. y Harding, J. Indirect measures of prejudice. Unpublished manuscript, c. 1962.
- Sinha, S.R. y Sinha, J.B. Authoritarianism, authoritativeness and anxiety. *Psych. Abstracts*, 1977, 58 (N° 9609), 1425.
- Strole, R. Social integration and certain corollaries: An exploratory study. *Am. Soc. Review*, 1956, 21, 709-716.
- Stagner, R. Fascist attitudes: An exploratory study. *J. of Social Psychology*, 1936, 7, 309-319.
- Stanley, G. y Martin, J. How sincere is the dogmatist. *Psych. Review*, 1964, 71, 331-334.
- Survey Personality Center. University of Michigan. Ann Harbor (Mich.), 1952.
- Toennies, Ferdinand. [1887] 1963. Community and Society (*Gemeinschaft und Gesellschaft*). Translated and edited by Charles P. Loomis. New York: Harper & Row.
- Troldahl, V.C. y Powell, F.A. A short form dogmatism scale for use in field studies. *Social Forces*, 1965, 44, 211-214.
- Webster, H., Sanford, N. y Freeman, M. A new instrument for studying authoritarianism in personality. *Journal of Psych.*, 1955, 40, 73-85.
- Wesley, Elizabeth. Perseverative behavior, manifest anxiety, and rigidity. *J. of Abnormal and Social Psychology*, 1953, 48, 129-134.
- Wrightman, L.S. Social Psychology in the Seventies. Monterrey (California): Brooks-Cole, 1972.